

sombra de sus ladroneras y de sus barbacanas eternamente erizadas de armas. Solo de esta suerte puede disciplinarse un pueblo tan bárbaro como el pueblo normando y establecerse un régimen tan vario como el régimen feudal. La raza de los Carlovingios, que, por fuerte, usurpara el poder á los Merovingios, debilitada á su vez, tiene que dejar el poder á los Capetos. No habiendo podido realizar la unidad europea por medio del Imperio, abandonan el imperio á los alemanes; no habiendo podido realizar la unidad francesa por medio de la monarquía, abandonan la monarquía á los Capetos. En tal trance ¿qué hará el Pontificado? Despues de ver que los Carlovingios ya no le sirven para nada, cuando á mediados del siglo noveno se caen sus reinos á pedazos y se ahuyentan sus príncipes como sombras, acude naturalmente á los alemanes, contra las pretensiones feudales, como habia acudido á los griegos contra los godos, á los francos contra los lombardos. Y naturalmente, en medio del feudalismo, de sus guerras sangrientas, de sus sublevaciones anárquicas, de su fraccionamiento universal, en medio de aquel horrible reinado de la fuerza, solamente la Iglesia católica y su jefe el Pontífice representan contra la materia bruta el espíritu divino, contra la fuerza invasora la idea viva, contra la anarquía feudal la disciplina, contra el fraccionamiento la unidad.

No consiguen los Papas esta grandeza, no la consiguen, sino pasando durante la segunda mitad del siglo noveno y todo el siglo décimo por una de las épocas mas tristes, mas vergonzosas y mas terribles que recuerda en sus páginas la historia. La violencia, la calumnia, el asesinato, el destronamiento se ceban á una en la persona de los Papas, como pudieran cebarse en la persona de las mas vulgares dinastías. Para que toda suerte de crímenes en ellos se cebasen, y para que claramente se viera cómo todas las grandes instituciones son iguales ante la historia, cual son iguales todos los hombres ante la naturaleza, no perdona muchas veces la ira, que en estos tiempos enciende los ánimos, no ya la memoria, ni siquiera el cadáver de los Papas. Naturalmente el huracan feudal, que, desde los últimos dias de Cárlo-Magno, se desencadena en Europa, abrasa los territorios del Pontífice y enciende las mismas pasiones anárquicas, cuyos furores devastan el resto de los territorios europeos. Hay en esa campiña romana, espacio de tantos monumentos, cemente-

rio de tantas glorias, museo de tantos recuerdos, al término de la llanura, no léjos de la antigua ciudad de Alba, encima del campamento llamado de Anníbal, en el desfiladero donde Ciceron escribió sus tusculanas, sitio desde el cual podeis oír la música eterna de la cascada de Tívoli y ver las sombras augustas de las ruinas amontonadas en la villa adriana, un sitio que parece como un nido de águilas, y de donde bajaban guerreros y señores feudales, seguidos de sus milicias feudatarias á perturbar y muchas veces á someter la eclesiástica ciudad de los Pontífices. A su vez, los patricios y los caballeros romanos, poseidos de grande amor á las antiguas instituciones republicanas, creían desacato á Cristo el que su vicario tuviese un título de monarca, y pugnaban por el restablecimiento y por el honor de la antigua y llorada Roma. A su vez los grandes Príncipes eclesiásticos, que recababan autoridad á medida que la perdía el Pontífice y que perdían autoridad á medida que el Pontífice la recababa, coligábanse muchas veces contra los Papas y pedían apoyo, ora á los reyes de las naciones vecinas, ora á los señores de las vecinas comarcas, cuando no á los paganos y á los bárbaros. La ley general, que producía las anárquicas instituciones feudales, que levantaba al vecino contra el vecino y al hermano contra el hermano, que hacia de cada colina una fortaleza y de cada antiguo campo del trabajo un campo de batalla, derramando á torrentes la sangre y estableciendo como principio general la guerra, esa ley durísima de aquellos tiempos pesaba con inmensa pesadumbre tambien sobre la cerviz augusta de los Papas y perturbaba su ministerio religioso y sus trascendentales destinos históricos.

Cánsase la pluma de escribir y la atencion de estudiar todas las desventuras sobrevenidas á los Pontífices en estos siglos de hierro. Apenas existe un Papa que no haya probado el cáliz de todas las amarguras, como ningun otro rey de la tierra, como el último príncipe de las últimas dinastías conocidas en la historia. Sesenta Papas pueden contarse entre el que puso la corona imperial en el primer año del siglo noveno sobre la cabeza de Cárlo-Magno y el que tuvo allá en el siglo undécimo al pié de la escalera de su palacio de Canossa al Imperio vestido de sayal y de cilicio, pidiéndole á voces la penitencia y el perdon; y la historia de casi todos está manchada de sangre y arranca al lector lágrimas ó de indignacion ó de piedad, como si en vez de

sacerdotes, ministros espirituales del Señor, jefes de la Iglesia, fueran los nobles feudales, pintados por la adivinacion del genio en el infierno de la Edad Media con su propia cabeza en las manos. Leon III, como hemos visto, á pesar de tener la sombra augusta del poder de Cárlo-Magno sobre su tiara, es arrastrado por las calles de Roma y se ve en trance de que le arranquen los ojos sus propios insurrectos vasallos. Estéban III tiene que dar descargos por haber aplicado pena de muerte á los rebeldes ante un tribunal superior á él, como si en vez de pertenecer á la categoría de los soberanos, perteneciera á la categoría de los asesinos. Pascual I sufre la ignominia de que Lotario envíe sus jueces para requerirle y para castigarle, como á cualquiera de sus feudatarios. Sergio II muere nublada la inteligencia de sombras y angustiado el corazon de acerbísimos dolores, porque los sarracenos saquean las criptas áureas de San Pedro y San Pablo y arrojan al Tíber los restos sacratísimos y las venerandas reliquias de los dos sublimes apóstoles. Nicolás I tiene que sufrir la invasion armada de la Santa Basílica del Vaticano por los secuaces de dos obispos alemanes depuestos, que arrojan sus protestas llenas de injurias sobre el ara misma del altar mayor; y apurar los mismos dolores que el Papa precedente, viendo, no ya á los árabes, los soldados de Luis II alzado al trono para defenderle y ampararle, profanando la ciudad santa y destruyendo sus mas renombrados monasterios. Benedicto III devora toda suerte de injurias, pues profanas manos cogen sus vestiduras pontificias, y le arrastran del trono al suelo en su propia vivienda, mientras un competidor suyo, el iconoclasta cardenal Atanasio, se asienta dentro de la Basílica, rodeado de todo un ejército, sobre la sede pontificia, despues de haber querido borrar en los altares la imágen de Cristo y de María. Aun no acababa de subir al solio Adriano II, y ya Lamberto, duque de Espoleto, lleva á sus piés todas las ráfagas cargadas de fuego y sangre que componian la inmensa tromba de las feudales guerras. Juan VIII sufre hambre en prision, guardada por tropas insurrectas, y para recabar su libertad y conseguir algun seguro, vése obligado á refugiarse en Francia. La fuerza elevaba al trono á Bonifacio VI, y á los quince dias espiraba entre los mayores dolores y las mayores pugnas. Estéban VI subia á su vez sobre las armas de las tropas feudales de Espoleto. Y en seguida constituyó un sínodo para juzgar á

un Papa muerto, al Papa Formoso, el cual fué conjurado y citado á comparecer como si de un vivo se tratara. El cadáver del Papa fué sacado de su tumba y vestido con nuevas vestiduras pontificias y puesto en el trono, cual si pudiera oír las arengas de sus acusadores y las sentencias de sus jueces, que profanaban la eternidad profanando los sepulcros, y asumian las jurisdicciones de Dios juzgando á un muerto ya presente allá ante la divina justicia. Un abogado del Papa Estéban se levantó delante de aquella momia, para dirigirle toda suerte de cargos y denostarle y befarle con toda suerte de ignominias. Un pobre diácono, de pié junto al cadáver, obligado á sostenerle para que no se viniese á tierra, y mas muerto que el muerto, sudoroso, balbuciente, trémulo, sin modo alguno de coordinar las palabras ni recordar las ideas, desempeñaba el papel de defensor. El demente de Estéban VI tendia hácia su mudo predecesor ambos brazos airados, y le preguntaba con voz ronca é iracunda todo aquello que le venia á las desvencijadas mientes. El cadáver no se avergonzó; el cadáver no palpitó; el cadáver no se estremeció, guardando en su frialdad la grandeza de la muerte y los secretos de la tumba. Arrancáronle pues las vestiduras pontificias repuestas solo para procurar este horrible ultraje; depusieronle por violencia del trono donde yacia inerte; cortáronle los tres dedos con que bendijera tantas veces al pueblo; diéronle como pasto á las feroces muchedumbres que le escupieron toda suerte de blasfemias y arrojáronlo al Tíber, el cual, mas justo que la conciencia de aquellos sacerdotes y mas sensible que el corazon de aquellas muchedumbres, salió de madre, y arrojó el muerto desfigurado como un remordimiento vivo, al pié del mismo palacio de Letran. La violencia engendra la violencia, y airado el pueblo sublevóse contra Estéban VI, y desacatándole y prendiéndole, matólo á golpes como una á fiera en su propia prision. Cuatro meses vivió su sucesor, que se llamó Romano; y veinte dias el sucesor de Romano, que se llamó Teodoro. Juan IX tuvo que maldecir y excomulgar á los profanadores del cadáver de Formoso; y tuvo que demandar la presencia de legados imperiales en la consagracion de los Papas, á fin de evitar por el terror de las armas los desacatos y los tumultos. De suerte que este siglo noveno, en cuyos primeros años se fundara el poder temporal de los Papas, trájoles tal cúmulo de guerras civiles, de sublevaciones armadas, de desacatos y blasfemias, de violencias increíbles

y de intervenciones extrañas en sus asuntos propios, que parecía la corona temporal unida á la tiara pontificia una causa de irremediable debilidad y una cadena de triste servidumbre. } 7 Myo02

Triste fué el siglo noveno, pero no le iba en zaga de ninguna suerte el siglo décimo. Si hubiéramos de calificarlo con fórmula breve, diríamos que era el siglo del predominio de las familias nobles y feudales sobre los clérigos, los cardenales y los Pontífices. Cada noble tenía su facción; y cada facción pugnaba por tener su Papa. Pero el más poderoso entre todos aquellos poderosos era entonces Teofilato, cabeza de un partido potentísimo y esclavo de una hermosa dama, de su propia mujer Teodora. El influjo, que la inteligencia, la sensibilidad, la hermosura de esta ejerció en aquellos tiempos, no puede comprenderse en los nuestros mucho más severos. Los hombres de guerra, armados de los instrumentos de matanza como los leones y los tigres de las garras y de las uñas; metidos en el infierno de la guerra; acostumbrados á medirlo todo por la violencia; rendíanse fácilmente, después de luchar y reluchar ciegos de ira, á la sonrisa, á la mirada, á la dulzura, á la inspiración, á la poesía de una mujer; pues cuanto más fuerte y valeroso es el varón más fácilmente se deja subyugar por el amor: que los afectos humanos buscan su complemento en lo mismo que parece á ellos más contrario; y por tal causa, sin duda alguna, las épocas de mayor violencia, de guerras más feroces, de conflictos más sangrientos, resultan también las épocas en que mayor imperio ejerce la mujer con la natural atracción de su gracia. Los antiguos, muy expertos en el arte de expresar con símbolos hermosos las ideas, unían estrechamente á Vénus y á Marte, al dios de la guerra y á la diosa del amor. Y eterna en sus inclinaciones y en sus sentimientos la naturaleza humana, esta edad feudal, la edad del odio, puede y debe llamarse también la edad del amor: que de electricidad positiva y negativa se componen, como los efluvios encendidos del aire, los sentimientos primordiales del corazón. No podía exceptuarse Roma de esta ley general; y por mucho tiempo la tiara rodó como un juguete ó como una joya de mano en mano de mujer. Entre estas, ya lo hemos dicho, ninguna como Teodora. Se necesita subir á los tiempos de Livia para encontrar tanto poder unido á tanta sagacidad. De bellísima presencia, de apostura imperial, de ojos fascinadores, unía indisolublemente á todas

estas prendas del cuerpo la gracia del ingenio y la fluidez de la elocuencia tan poderosas sobre los ánimos varoniles y fuertes. En los salones romanos parecería una hetaria griega por la inspiración y la hermosura; en los campos de la guerra y las sirtes de la política una Semíramis por la energía y por la entereza; en los amores y en los placeres una Cleopatra por la seducción y por la voluptuosidad. No se llamó reina; pero se llamó Senatrix, en señal de la inmensa influencia ejercida sobre aquella oligarquía medio eclesiástica y medio militar, que formaba á la sazón el patriciado romano. Un moderno escritor de Italia, seducido por esta Teodora muerta hace ya tantos siglos, como si aun estuviera viva, cree ver en ella, sin duda con ojos apasionados, la personificación augusta de los indígenas latinos, protestando á una contra las tendencias extranjeras del Pontificado, obligadísimo por razón de su universalidad y de sus aspiraciones cosmopolitas, á sostenerse en el godo, en el griego, en el franco, en el bárbaro, en todos los pueblos y en todas las gentes. Pero, sin profundizar la verdad de este aserto, digamos que pocas veces ha sido visto en la historia influencia superior á la influencia de Teodora. La astucia, propia cualidad de su sexo, servíale para desarmar á la fuerza. Las mayores victorias de su política sobrevenían después de las mayores derrotas de su pudor. Un beso suyo solía valer una mitra, cuando no valía una tiara. La juventud romana vivía en torno de aquella mujer extraordinaria, esperando una mirada, una palabra suya, un gesto, para arrojarse con ciega resolución ora al heroísmo, ora al crimen. Doble, fiaba más en el poder de la seducción que en el poder de la fuerza. Pero cuando las armas de su palabra ó de sus ojos no le parecían bastante, ó no lograban su objeto, acudía también á la fuerza con esa falta de conciencia moral, triste achaque de estos bárbaros tiempos. Así coronó á Juan X, verdadero Pontífice de Teodora, la cual había llegado á tener la tiara en sus manos con la seguridad que, de haberlo intentado, pudiera ceñirla á las propias sienes y personificar la Iglesia como personificara durante tanto tiempo á la misma Roma.

Este poder de las mujeres en Roma tomó carácter de hereditario. Y para comprender cómo tomó carácter de hereditario precisa fijar clara y distintamente los hechos. Fué la primera en fundarlo una noble patricia, madre de la Teodora que venimos mencionando, llamada ella Teodora también, parti-